

ARGO

MARK KNOWLES

ARGO

Espadas de bronce I

Traducción de Julieta Lionetti



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Argo. Blades of Bronze I*

Diseño de la sobrecubierta: 

Primera edición: marzo de 2025

© Mark Knowles, 2021

This translation is published by
Editora y Distribuidora Hispanoamericana S.A.
by arrangement with Bloomsbury Publishig PLC.

© de la traducción: Julieta Lionetti, 2025

© de la presente edición: Edhasa, 2025

Diputació, 262, 2ª1ª

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-6447-7

ISBN(OC): 978-84-350-6450-5

Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B 2041-2025

Impreso en España

Argonautas destacados

Jasón del monte Pelión, Tesalia

Oileo de Yolco

Acasto de Yolco

Tifis de Tespías (timonel)

Eufemo de Ténaro

Anceo de Samos

Idas de Arene

Butes de Atenas

Calais y Zetes de Tracia

Cástor y Pólux de Esparta

Peleo de Ftía

Telamón de Ftía

Heracles de Tebas

Hilas de Tebas

Meleagro de Calidonia

Orfeo de Piería

Polifemo de Tesalia

Idmón, el vidente errante

Xantias de Trecén

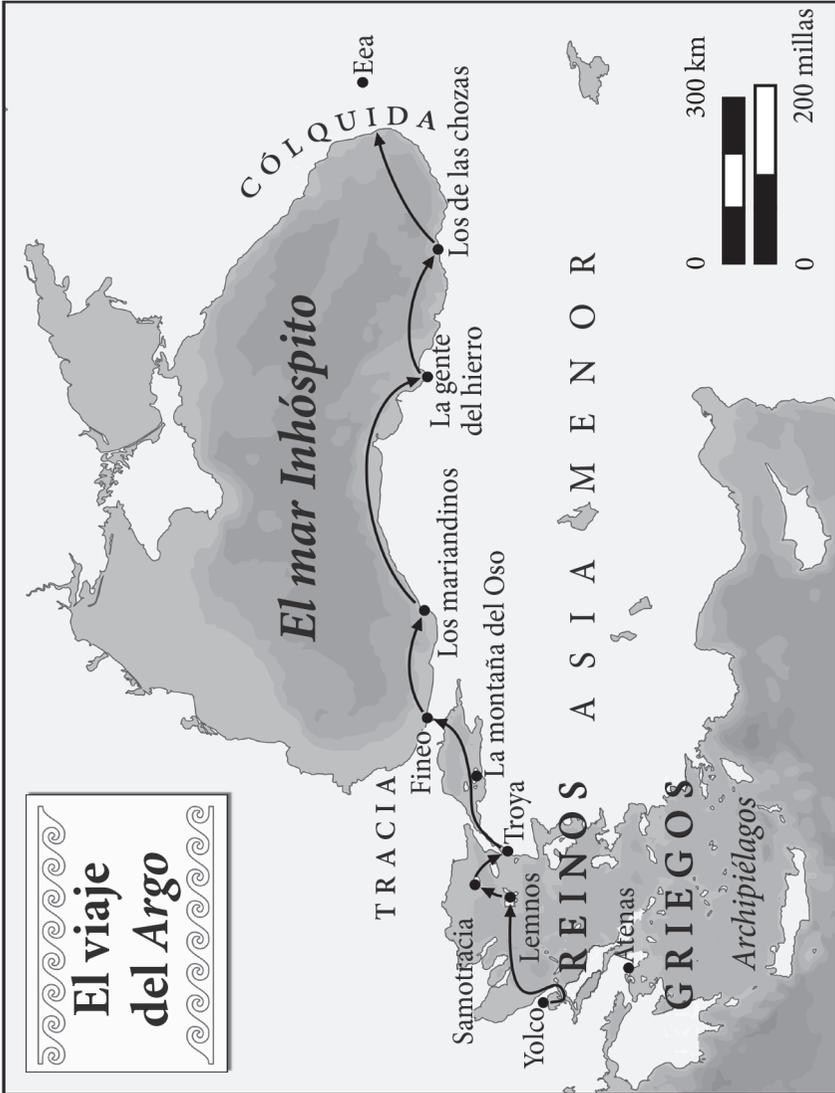
Linco de Mesenia

Etálides de Ftía

Mopso de Titaresa

Dásilo de los mariandinos (se unió más tarde)

El viaje del Argo



CÓLQUIDA

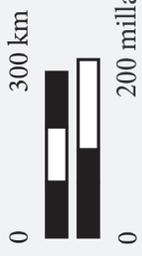
El mar Inhóspito

TRACIA

ASIA MENOR

REINOS GRIEGOS

Archipiélagos



PRÓLOGO

El mes de la diosa

Yolco, año 1250 a. C.

I

El rayo se descargó en zigzag tras la cima del monte Pelión y delineó los picos contra un cielo que bullía de púrpura y gris por la neblina. El trueno rugió sobre las planicies fértiles y los puertos resguardados. Desde lo alto, el viento silbaba atravesando los numinosos bosques de pinos y los valles de Tesalia.

Los dos guardias de palacio que se refugiaban en el pórtico del megaron de Yolco compartieron una sonrisa nerviosa. El parto no confería dignidad a las mujeres; ni siquiera a las de sangre real: en algún lugar del interior, la reina mugía ahora como una vaca. Un destello bañó el patio amurallado con una luz brillante e iluminó los velos de agua que cubrían los bloques de caliza. Lo siguió un sofocado estruendo. El más joven de los dos hombres miró los nubarrones que se desplazaban velozmente en dirección al puerto.

–Esto no puede ser un buen augurio –murmuró.

–¿Para ella o para nosotros?

Le frunció el ceño a su compañero. A la luz de un braseo portátil, la mueca dejó al descubierto la falta de un incisivo.

–Para ella.

–Un niño nacido bajo una nube de tormenta o un niño anunciado por el Tonante en persona... Depende del humor del que esté tu bardo, ¿no es así?

El guardia se encogió de hombros y golpeteó con la lanza a una alimaña que deambulaba por el empedrado.

–Para nosotros es el mejor de los augurios: otra guardia fácil. Gratificaciones por la mañana. Dormir un poco...

Otro gemido, más alto esta vez, seguido por voces inquietas. El guardia joven se revolvió en su sitio. Su compañero chasqueó la lengua.

–Ve adentro. Eres más útil allí.

Lo vio entrar en el salón penumbroso y apoyó la cabeza contra un pilar de madera. Las acanaladuras le molestaban, así que tuvo que ladearla un poco. Podía oír las instrucciones y las peticiones de toallas y agua caliente que llegaban del interior.

¿Habría llegado por fin el niño real?

Más relámpagos en algún lugar a su izquierda, como miradas fulminantes que se abrían paso a través de las nubes que coronaban las montañas. Bostezó mientras escuchaba el siseo del agua en el patio y las incontables cascadas que taladraban la tierra; también el gruñido de los cerdos y el balido cansino del ganado que ocupaba un rincón del patio. La tormenta inquietaba a los animales. El fragor de los truenos se hacía más nítido: parecía que se estaba aproximando al palacio, y, ahora que lo pensaba, había un olor metálico en el aire. Pero a cubierto todo resultaba bastante acogedor. Echó una mirada al propileo al otro lado del patio. Un resplandor anaranjado y enfermizo rozaba los pilares de la entrada al complejo del palacio.

Sin embargo, la guardia no era tan placentera para los hombres que estaban fuera.

El joven soldado regresó.

–Necesito encender algunos braseros más ahí dentro, y lámparas...

–¿Niño o niña?

–Niño.

–Bien. Entonces tráeme una copa de vino caliente sin que te vean, por favor.

–¿Qué?

Puso los ojos en blanco.

–Nadie se va a dar cuenta de que dos guardias están tomando una copa poco después de que el heredero al trono de Yolco haya nacido, ¿no?

–Supongo que no.

–Pues muévete.

Lo vio marcharse y se rascó la barba incipiente con la uña mientras volvía a recostarse contra el pilar.

Pasó un buen rato y comenzaron a pesarle los párpados. Se masajeó el puente de la nariz con el pulgar y el índice. Con nacimiento real o sin él, dormirse durante la guardia significaba una sentencia inmediata de muerte.

Advirtió una silueta corpulenta que arrastraba los pies por el patio en dirección a él y adoptó la posición de firmes alzando la lanza.

–¿Quién vive?

El otro se detuvo en la media luz del umbral y dejó una pesada tinaja en el suelo.

–Lo siento –refunfuñó–, es tarde para andar pagando los impuestos. –Se enderezó, se quitó la capucha y dejó al descubierto un par de ojos hundidos bajo una frente ancha. Tenía un pelo espeso y rizado, y una cuidada barba a la que le faltaba el bigote. En su mejilla izquierda se apreciaba una mancha amoratada.

¿Era un cardenal o una marca de nacimiento?

El forastero sonrió por un momento, como expectante.

–¿Quiere pagar sus impuestos ahora? ¿En medio de la noche?

–Se me ha hecho tarde.

–¡Tarde...! Tardo está usted de entendimiento... ¿Lo han dejado pasar? –dijo señalando con la cabeza el propileo.

–Sí, el hombre armado que está allí me dejó. –Los ojos del extraño brillaron.

El guardia se rascó la cabeza y chasqueó la lengua.

–Bien, ¿qué lleva ahí?

–Aceite de oliva, por supuesto.

El centinela se quedó mirando la tinaja y luego, con el ceño fruncido, clavó los ojos en el visitante.

–Quédese aquí.

Volvió poco después de la antecámara con un cazo de madera que tendió al visitante. Éste arqueó las cejas.

–¿Quiere que lo pruebe?

–Adelante.

–Es virgen, lo mejor que hago. Lo que beba lo estaré robando al rey. ¿Qué pensaría él?

–Es la costumbre, como debería saber, que los súbditos prueben su producto antes. ¿Por qué cree que se hace así?

El forastero apretó la mandíbula.

–Veneno.

–Veneno. Una precaución.

El extraño se encogió de hombros. Estaba empapado y le corrían riachos de agua por la capa. Se inclinó, quitó el tapón de la tinaja y tomó un poco de aceite.

–Muy bueno, aunque lo diga yo mismo... –Devolvió el cazo–. ¿Satisfecho?

El guardia lo sopesó.

–Espere un momento.

La mirada del forastero se endureció por un instante, pero él no dijo nada.

Al guardia se le unió entonces su compañero.

–¿Quién es éste?

–Quiere pagar sus deudas.

El joven miró alternativamente la humilde vasija de barro y el aspecto del extraño, apocado y hecho una sopa.

–Al menos podría cobijarse de la lluvia.

El forastero se adelantó unos pasos y musitó:

–Gracias.

–Suficiente –dijo el guardia más viejo–. Ve y marca su contribución, ¿quieres? Hay tablillas húmedas en el segundo estante.

El forastero cogió su tinaja y siguió al guardia hasta un cuarto pequeño que hacía las veces de archivo; estaba iluminado por lámparas gemelas colgadas del techo con cadenas y olía intensamente a aceite de oliva. Los estantes gemían por el peso

de las tablillas de arcilla, las vasijas, los atados de mechas de cáñamo para las lámparas y otros enseres domésticos. Hundidos en el centro de la habitación, había seis recipientes de cerámica destinados al almacenaje.

–Sosegado, el palacio –observó el extraño rompiendo el silencio mientras el guardia probaba varias tablillas.

–Ahora está sosegado... ¿En qué segundo estante? –gritó al otro centinela.

–¡A mano derecha, idiota...!

El guardia chasqueó la lengua, dejó la lanza tras la puerta y rebuscó en los estantes. El extraño, apoyado en el quicio, miró el arma y la espalda expuesta de su dueño. La punta estaba moldeada como una gran hoja con el tallo dividido.

–¿Cómo ha dicho que se llama? –preguntó el joven mientras cogía una tablilla y un estilo.

–No lo he dicho. Soy Pelias, hijo de Tiro.

–¿De dónde?

–Mmm..., de Dimini.

El instante de duda pasó inadvertido.

–Un tipo común y corriente –murmuró el guardia arañando la tablilla–. Ahora, derrámelo allí. –Señaló con el punzón los recipientes del suelo–. Los vacían mañana, antes de que todo se eche a perder.

El hombre rezongó e hizo lo que le indicaban. El soldado oyó el borboteo del líquido viscoso entrando en el depósito mientras terminaba sus anotaciones y colocaba la tablilla en una caja que parecía guardar recibos de impuestos. Cuando se dio la vuelta, el extraño lo miraba fijamente y mecía la vasija. El joven se crispó y recuperó la lanza.

Pelias le dedicó una sonrisa forzada.

–La punta de la lanza parece un poco roma a mis ojos inexpertos. –Se inclinó y dejó el cuarto–. Les deseo buenas noches, caballeros.

Los dos guardias lo observaron atravesar el patio a zancadas en dirección al propileo, con la vasija enganchada en el meñique.

—No me ha gustado. Tenía algo raro —murmuró el mayor de los centinelas. Escupió en el suelo como solía hacer para repeler a los malos espíritus—. ¿Tienes mi vino?

II

El asalto al palacio llegó en menos de dos horas. La primera señal que tuvieron los guardias del pórtico fue un grito ahogado más allá del propileo y el ruido de una breve escaramuza. Y después, docenas de hombres altos y armados que se arremolinaron en el patio.

El mayor de los centinelas dio un salto y cogió una trompeta de un gancho que había en el interior del pórtico. Pudo dar dos toques antes de tener a los invasores encima. Arrastró hacia atrás a su compañero, que se había quedado petrificado de terror.

—¡A las puertas!

Retrocedieron y a duras penas lograron cerrar las pesadas puertas y atrancarlas antes de que desde fuera arremetieran contra ellas. En una de las embestidas, el joven guardia recibió un golpe que lo mandó al suelo. Aunque la madera estaba recubierta de bronce, los armazones que sostenían la tranca apenas estaban asegurados por tres clavos largos. Uno de ellos cedió.

—¡Ve a pedir ayuda!

En respuesta a los toques de trompeta, llegaron otros cinco guardias, descalzos, de unas habitaciones contiguas al megaron. Tres iban armados de lanzas y dos de arcos y aljabas. Los lanceros cogieron escudos en forma de ocho que colgaban de las paredes suntuosamente decoradas y tomaron posiciones frente a la puerta. El siguiente porrazo provocó chillidos en la cámara de baño que estaba a la derecha, de donde asomaron dos criadas con cara de pánico.

—¿Cuántos son? —preguntó uno de los guardias.

—Demasiados. ¡La tripulación de un barco entero...!

—¡Piratas!

De una puerta en el extremo opuesto del salón salió un guerrero alto y delgado, con el pelo largo y negro y la barba puntiaguda. Vestía un casco de tiras de colmillo de jabalí y blandía una espada de bronce cuya nervadura central brillaba a la luz de un brasero.

Parecía tranquilo mientras tomaba un escudo circular que descansaba contra el trono de pórvido encajado en la pared de la izquierda. El arma era de bronce y estaba repujada con una cabeza de carnero, el símbolo de su clan. Los guardias se volvieron y lo saludaron como rey supremo antes de retomar sus posiciones de combate.

—¡Honor y gallardía, mis guerreros! ¡La noche en que me ha sido dado un heredero no es la noche en que perderemos el reino para el niño! ¡Manteneos firmes!

Los soldados respondieron con un clamor al tiempo que otro impacto hacía saltar uno de los anclajes de la tranca, que repiqueteó en el suelo. Un chorro de orina bajó por el interior de la pierna del guardia más joven y formó un charco a sus pies. Su compañero le lanzó una mirada ceñuda.

—No vayas a resbalar en tu propia meada...

Otro anclaje saltó y las puertas revestidas de bronce se abrieron de golpe, destellando con la luz del hogar y retumbando contra las paredes. Una marea de invasores trató de entrar. Sus figuras, alargadas por los cascos cónicos, se proyectaron contra el patio oscuro. Las dos primeras flechas dieron en el pecho y la garganta de dos hombres que no alzaron los escudos a tiempo. Sus cuerpos obstaculizaron a la multitud que venía detrás y dieron a los guardias un momento para atacar. Los soldados se lanzaron adelante y embistieron con sus lanzas cualquier cosa que se moviera. El propio rey Esón derribó a golpes un par de hombres antes de que dos soldados que unieron sus escudos lo obligaran a retroceder.

El joven guardia mostró valor, y años más tarde recordaría hasta qué punto la desesperación otorga el coraje de un león a alguien que lucha en defensa del hogar y el techo. Eludió una arremetida haciéndose hábilmente a un lado mientras el rival

clavaba su lanza en el vacío antes de sentir la fría punta de una lanza perforándole el cuello. El guardia no pudo evitar una sonrisa al ver a su enemigo caer de rodillas junto a un fresco que representaba a un guerrero heroico derribando a un centauro, cuyos colores eran muy vívidos a aquella luz danzante. Después, una explosión de dolor en la frente y una oscuridad instantánea.

Los arqueros apenas pudieron soltar una flecha más cada uno antes de caer a manos de soldados empapados por la lluvia. El guardia al que faltaba un diente mató a un asaltante de una lanzada en el corazón y cortó la arteria de la ingle de otro, que dejó caer su arma con un grito ahogado y quiso tapan el chorro de sangre. Poco después, dos puntas de lanza se hundían en su propio estómago. Su última visión fue la de un rostro cercano con los dientes apretados por la ira y el pelo mojado pegado a una frente manchada de sangre. Luego, los colores brillantes y los ruidos se desvanecieron.

Los tres guardias restantes ofrecían una dura resistencia y pronto se vieron resoplando por el esfuerzo de ir de un lado a otro defendiéndose de una jauría que golpeaba y cortaba sus cuerpos. Vencidos por la pérdida de sangre, terminaron derrumbándose en el suelo.

—¡Baja las armas, Esón! —tronó la voz de un hombre que se adelantó sobre la maraña de caídos desde la entrada del megaron—. No deseo manchar mi hogar con sangre real.

Esón dudó, sudoroso y con la respiración entrecortada. Le dolía el hombro por haber mantenido el escudo en alto y esquivado tantas acometidas. Se arriesgó a mirar más allá de los soldados que lo rodeaban para ver al hombre que caminaba hacia él, cuya cabeza ocultaba una capucha. Se la quitó, dejando a la vista un cabello espeso y rizado, y se volvió hacia los cuerpos amontonados detrás de él. Chasqueó los dedos en dirección a uno de sus hombres y señaló a un guerrero herido que todavía sostenía una lanza.

—Si ése aún respira, también puede salvarse. Fue el único que me mostró un poco de respeto. Vosotros tres, juntad a todos los demás.

—¿Pelias? ¿Pelias...?

El hombre, con la mejilla lívida tornándose púrpura en la luz parpadeante del salón, se volvió lentamente para enfrentarse a Esón. Sonrió.

—Baja el escudo y la espada, y podremos volver a abrazarnos, medio hermano con medio hermano... ¿Cuánto tiempo ha pasado?

—¡Los dioses testigos de esto te arrancarán ese corazón de bronce, mierda traicionera!

Arrojó el escudo, levantó la espada y se preparó para atacar a Pelias. Pero un guerrero se adelantó y lo derribó. Otros ayudaron a sujetarlo mientras se retorció y se le hinchaban las venas del cuello.

—¡Tú y yo, Pelias! ¡Sólo tú y yo, aquí mismo! ¿O necesitas de otros para librar tus batallas? ¡Miserable gallina! ¡Siempre supiste que yo era el mejor!

—No, Esón, lo que siempre supe es que tú eras el más favorecido. Hay una gran diferencia. Ni siquiera puedes guardar tu propio palacio, ¿qué te da derecho a poseerlo? Y ahora —añadió, cogiéndose las manos a la espalda—, creo que me sentaré. ¿Puedo?

Impotente y encolerizado, Esón observó como su medio hermano se paseaba hasta llegar al trono rojo y se sentaba con demorado placer.

—Un poco estrecho para un rey de mi estatura, pero supongo que me acostumbraré. Traed la diadema, ¿queréis?

* * *

La reina Alcimedede había estado dormitando sobre un montón de zaleas. Los rizos negros de su melena apenas estaban dominados por una estrecha cinta y ocultaban la tela del cojín que le sostenía la cabeza. La atendían sus criadas, calladas y obedientes, cuando fue perturbada por una conmoción en los bajos del megaron. Su recién nacido estaba ahora prendido al pecho, con la piel de un saludable rojizo. Ya tenía una buena

cantidad de pelo negro, como su padre, aunque su expresión era mucho más serena. Ni los golpes de las pesadas puertas ni las nerviosas órdenes parecían alterarlo, aunque Alcimedede se despertó sobresaltada.

–File, ¿qué está pasando ahí fuera?

Una joven de apenas dieciséis años apareció en la puerta y la lámpara iluminó sus bonitas pero demacradas facciones.

–No... no lo sé, señora. Espere...

Cuando regresó, a Alcimedede se le heló el corazón.

–Yo... ¡Nos están atacando! ¡No me matarán, no me raptarán...! ¿Lo harán, señora? –File temblaba como una hoja al viento–. ¡No entiendo qué está pasando...!

–¡Cálmate, niña! –dijo la reina, tratando de aparentar una serenidad de la que carecía en aquel momento. Instintivamente, miró a su hijo, que ahora dormía y había soltado el pecho. Oyó que las puertas exteriores del salón traqueteaban y los goznes chirriaban.

–Trae al resto de las criadas y al ama, ¡y date prisa! Sé lo que debemos hacer.

Al poco, cuatro muchachas de la edad de File y el ama de Alcimedede rodeaban la cama y cuchicheaban. Sólo el ama no se crispó con los gritos de los hombres precipitándose al salón de abajo. La única experiencia de lucha de las mujeres eran los cuentos que les habían obligado a escuchar durante los banquetes cuando, encendidos por el vino, los varones fanfarroneaban y exageraban. Ahora, ante aquellos aullidos desesperados y el entrechocar del bronce que reverberaba en las paredes, ante los jadeos de los hombres que luchaban por sus vidas, entendieron por qué se vanagloriaban de sobrevivir a tales cosas.

–Coraje, mi niña –dijo el ama cogiendo la mano de Alcimedede–. No, no retengas las lágrimas: las necesitamos ahora.

Alcimedede contempló el rostro tranquilizador de la mujer que había servido tan bien a su propia madre desde que era una pequeña sierva. La reina sintió que las lágrimas le picaban en los ojos mientras el ama extendía la mano y acariciaba la cara del bebé. ¡Cuán cruelmente los dioses cambiaban la gran

alegría por el miedo mortal! ¿Cómo podían ser tan desagradecidos? ¿Acaso no habían aceptado sus sacrificios, regulares y generosos? Comenzó a gemir, y a su llanto sincero sucumbieron pronto las doncellas.

Se oyeron pasos en la sombría galería y la puerta de la cámara de la reina se abrió de golpe. Un guerrero joven, picado de viruelas y con la cabeza rapada, titubeó en el umbral; aunque el brazo que portaba el arma lo animaba a entrar, sus pies se habían quedado clavados. La expresión de su cara mudó de la hostilidad a algo parecido al miedo.

—¡Mira lo que habéis hecho! ¡Fuera!

El ama se le acercó con los puños crispados y los labios trémulos. Trató de ignorar la hoja de la espada.

—¿Así abusáis de la santidad de una casa real? ¿Provocando que la reina dé a luz un mortinato? ¡Deshonra! ¡Que las maldiciones caigan sobre vosotros!

El guerrero movió los labios, pero no emitió ningún sonido.

—¡Mira! ¡Míralo todo! ¡Que te quede bien grabado!

El ama tiró de la muñeca húmeda del soldado y sintió su pulso acelerado. Él arrastró los pies, intimidado por los lamentos desgarrados y el odio que palpitaba en torno a él.

—¡Has matado a un heredero real! ¡Mira!

Más allá del grupo de jóvenes chillando captó por un instante a un niño inmóvil. Tenía la cara pálida y los brazos frágiles extendidos sobre su madre, cuyos ojos feroces y brillantes le hicieron dar un paso atrás. Sabía que había cometido un grave error al entrar; como si hubiese irrumpido en algún sagrado rito femenino. Quienes cometían tales actos solían terminar muertos o malditos, que era más o menos lo mismo. Lo sacudió el haber estado expuesto a aquello de lo que los hombres hablaban junto a los fuegos de campamento, con la ayuda del vino peleón: *hysteria*. La habitación estaba espesa y empalagosa de ella. Se volvió hacia el ama con los ojos muy abiertos y movió los labios antes de salir de la cámara y apretar el paso por la galería, sordo a los llantos de las mujeres.

En el salón, los hombres se volvieron hacia el joven guerrero de rostro ceniciento que caminaba hacia Pelias. Esón, con los brazos atados a la espalda, contemplaba las llamas del hogar.

—¿Qué está pasando allá arriba? —preguntó Pelias, inclinándose hacia el soldado.

—Mi señor..., es... un mortinato... Las mujeres le están haciendo el luto.

—¿Niño?

—Está muerto, mi señor.

Pelias vio por el rabillo del ojo la cabeza de Esón girando hacia él. Se lamió los labios.

—¿Estás seguro? ¿Lo has visto tú mismo?

El guerrero frunció el ceño y miró a su señor.

—Lo he visto. No me equivoco ni lo olvidaré. ¿Querriáis comprobarlo vos mismo, mi señor?

Pelias miró atentamente al joven; había temor en sus ojos.

—No.

Apretó los labios y se volvió hacia Esón, que luchaba por ponerse en pie.

—Es una pequeña misericordia que los dioses hayan considerado oportuno deshacerse de un niño en lugar de dejármelo a mí... ¿Has oído, Esón? Los dioses han sido misericordiosos contigo.

Forcejeando con dos soldados, Esón logró ponerse en pie, ofuscado y con saliva en los labios.

—¡Eres hombre muerto, Pelias! ¡Hombre muerto!

Desconcertado por la ferocidad de aquellos ojos azul pálido, Pelias hizo un gesto a un guerrero, que derribó a Esón de un golpe en la sien.

* * *

En la cámara de la reina corrían los susurros. Las chicas temblaban, acurrucadas unas contra otras junto a la puerta; listas para saltar sin vacilación sobre cualquier intruso.

–Perdóname, mi señora, pero debemos hacerlo ahora, mientras todavía está tranquilo.

La respiración de Alcimedede se volvió entrecortada y jadeante, y su corazón amenazaba con salirle por la boca.

–¡No! ¡Un último abrazo! –Cubrió de besos la cabeza de su hijo y sus lágrimas corrieron por las mejillas del niño como arroyos ardientes–. ¡Mi amor! ¡Mi vida...! ¡Volveré a verte, es una promesa! ¡Ay, mi amor, corazón mío...!

El ama cerró los ojos, y de ellos, que habían sido testigos de mil penas, brotó una lágrima. Extendió los brazos hacia el niño.

–Por mi vida, mi señora, lo protegeré por ti... Por mi vida. Ahora, entrégamelo. ¡Debes hacerlo!

Con el pecho convulsionado por la congoja, Alcimedede lo soltó y permitió que se lo llevaran. El ama lo envolvió e hizo una seña a dos de las doncellas. Se deslizaron hacia la entrada secreta a la cámara real abriendo las cortinas que la ocultaban. El ama se volvió hacia la reina por última vez.

–¡Espera! –Alcimedede respiró hondo y se irguió en la cama. Sacó algo de un pequeño mueble que estaba al lado–. Dale esta señal. Dile cuánto lo amaron su madre y su padre en el breve tiempo que estuvieron juntos. Su nombre es Jasón, hijo de Esón. Dile que viva con ese orgullo. ¡Júralo!

–Por mi vida, lo juro.

I

El mes de la navegación

Yolco, veinte años después

–Han llegado más competidores, mi señor. Más atletas pidiendo... –El heraldo miró con ansiedad al guardia favorito del rey, que se distinguía por una llamativa cicatriz en la línea de crecimiento del pelo. El guardia sacudió ligeramente la cabeza en negación–. Pidiendo una audiencia con su majestad. Pero puedo decirles... que se marchen.

El rey Pelias lo despidió con un gesto y continuó masajando sus sienes palpitantes. Hizo una mueca de dolor y las arrugas alrededor de los ojos se acentuaron hasta convertirse en oscuros pliegues sudorosos. Tanto su cara como el cabello y la barba, encanecidos, revelaban el paso de los años y las tensiones de dirigir un reino pequeño y precario.

Las notas lastimeras de una cítara llegaron desde alguna de las habitaciones contiguas, acompañadas de una suave risa ante una nota errada.

–¡Que alguien queme ese jodido..., deprimente instrumento!

El heraldo chasqueó los dedos frente un sirviente que estaba junto a las escaleras.

–Otra tintura para el rey, moderando el limón...

–¡No! –El rey se apoyó en los brazos de piedra del trono para ponerse en pie–. No más bebidas, no más comida, no más curanderos... Llamad a ese vidente. –Agitó el brazo mientras avanzaba tambaleándose hacia las escaleras–. Dicen que esa vie-

ja cabra obstinada ha estado merodeando por los alrededores de mi palacio durante semanas. Asegúrate de que se lave antes de acercarse a mí.

—Sí, mi señor.

El heraldo resopló cuando el rey se fue, llamó la atención del sirviente y señaló con el pulgar la entrada del palacio. Se volvió hacia el guardia y le susurró:

—¿Qué le pasa hoy?

El guardia se secó la frente con la mano y chasqueó la lengua al ver que el sudor le pegaba el pelo a la muñeca.

—¿Qué quieres decir con hoy? —El aire en el megaron era pesado, y la brisa que se filtraba por las puertas y la abertura del techo no ofrecía alivio—. Lleva meses así.

* * *

Aunque el anciano parecía haberse bañado, Pelias arrugó la nariz mientras el vidente se sentaba en el taburete cubierto de pieles junto a la puerta de su cámara privada. La barba era de un blanco sucio que se volvía amarronado alrededor de la boca y hacía juego con el color de su túnica raída. Su pelo ralo y canoso estaba descuidado, y Pelias empezó a arrepentirse de haberle concedido audiencia. Miró por encima de los tejados de las casas apiñadas alrededor del palacio y percibió la hermosa luz ocre y el canto de los pájaros. Apenas podía distinguir el mar centelleando entre las ramas de un grupo de cipreses junto a la bahía. Allí arriba soplaba una leve corriente que olía a pino manso y aire marino. Cerró los ojos y sintió que el dolor de cabeza comenzaba a aliviarse. No prestó atención a la tediosa presentación del anciano, que ahora parecía estar enumerando sus credenciales.

El zumbido cesó finalmente y Pelias miró al anciano con ojos cansados.

—¿Y bien?

—Mi señor, vuestro heraldo dijo que habíais estado sufriendo penosos dolores de cabeza. ¿Estáis enfermo?

Pelias resopló.

–Eres tú quien debe decirlo. ¿Lo estoy? ¿Eres médico?

–No.

–Bien. Despedí al último. Parecía estar recomendando algún tipo de brujería.

–No soy médico, pero nuestras habilidades tienen ciertas cosas en común, y es por eso que podría ayudar.

El rey apoyó su peso sobre el codo y escogió una uva de un plato.

–Sigue.

Las encías del vidente se movían arriba y abajo mientras reflexionaba. El rey sonrió.

«Al menos, algo de entretenimiento».

–Pelias no fue el nombre que os pusieron al nacer, mi señor... ¿Verdad?

El rey dejó de masticar la uva y escupió las pepitas.

–¿Cómo has llegado a saber eso?

–Os pusieron el nombre a causa de esa herida. –Estiró un dedo huesudo–. Ahí, en la mejilla. *Pelios* significa «magullado» en algunos dialectos, ¿no es así?

–Ten cuidado, viejo –dijo el rey. Su mirada se endureció–. Te pierdes en asuntos que no te incumben. Tus observaciones sobre el lenguaje tampoco me impresionan.

–Lo siento, mi señor, no tenía intención de ofender. No soy un maestro. Lo que sé es que la herida fue causada por un caballo, un potro joven, que la emprendió a coces contra vos cuando erais un niño pequeño. Pero también erais robusto; aquello habría matado a la mayoría de los niños. Y la piel todavía soporta las consecuencias de aquella herida.

Pelias sopesó las cosas. Sintió que perdía los estribos, pero también notó el agudo pinchazo de la curiosidad. Respiró hondo.

–Continúa.

–Aquí, mi señor, el territorio del vidente ha de dar paso al del médico. Adiviné que habíais sufrido una lesión cuando niño, algo que muy pocos de los que continúan vivos pueden

saber. Un médico diría que aquella lesión, a pesar de los años transcurridos, está ahora causando esos dolores de cabeza.

Pelias arrugó los labios y miró una vez más en dirección al mar. Tal vez el viejo tenía razón, aunque no conociera una cura.

–Los dolores de cabeza van y vienen, pero no son el motivo por el cual te convoqué.

–¿No, mi señor?

–No –dijo, aclarándose la garganta–. He estado teniendo sueños..., inquietantes, visiones... Son inconexos y oscuros, y se evaporan tan pronto como me despierto y trato de recordarlos. Pero todos me hacen sentir paranoico, receloso de cualquiera y de cualquier cosa que pueda amenazar mi gobierno. Sobre todo últimamente.

Miró al anciano en busca de alguna indicación o consuelo, pero el vidente sólo lo observaba con expresión inescrutable.

–Tal vez ésa sea otra causa de mis dolores de cabeza. Eso y las imágenes de cada hombre al que he dañado o matado... Incluso de cada mujer...

Pelias se estremeció al mirar al adivino. Sintió que aquellos ojos se le clavaban en la misma alma.

–Habéis enojado gravemente a una diosa, mi señor.

Al rey se le revolvió el estómago.

–¿Qué diosa?

El vidente se rio entre dientes, pero la voz ronca que surgió no era la suya.

–Sabéis muy bien a cuál.

–¡Fue por esa mujer que me llevaron y me dejaron fuera! ¡A morir! ¿Qué habría hecho cualquier hombre?

–Vuestra madrastra, rey Pelias, estaba arrodillada en un santuario de Hera. Profanasteis un lugar sagrado. Contaminasteis el santuario con la sangre de una suplicante, y ahora Hera quiere venganza.

De la frente de Pelias comenzó a gotear un sudor frío.

¿Cómo podía saber aquello? Había estado solo. ¡Estaba seguro de que no había habido testigos! ¿Lo habían visto a pesar de todo?

El anciano, cuyos ojos vidriosos ya no parpadeaban, empezó a tararear suavemente. Pelias sintió una oleada de ira y quiso golpear al charlatán por burlarse de él, pero algo lo detuvo. El viejo lunático podía quedarse allí canturreando para sí mismo, pero él tenía asuntos de palacio que atender. Carraspeó y balanceó sus piernas sobre el asiento en el que había estado reclinado.

–Veo a un hombre acercándose al valle de Yolco.

Pelias se puso rígido.

–Es un hombre joven, guapo y delgado. Tiene un andar resuelto. –Parpadeó lentamente, como un gato dormido–. Está nervioso, sin embargo; lleno de dudas. Sus asuntos aquí serán peligrosos...

El rey tragó saliva. Esperó a que continuara el viejo, pero éste se hundió y emitió un suspiro entrecortado; parecía exhausto.

–¡Adelante! ¡Cuéntame más!

El vidente permaneció inmóvil.

Comido por la impaciencia, Pelias extendió la mano y le sacudió el hombro huesudo. Le pareció que aquellos huesos podían romperse como ramitas secas.

El anciano se estremeció y parpadeó.

–¡Más!

–Lo siento, mi señor, estoy viejo y mis poderes están menguando... Sólo vi una cosa antes de perder la visión, como si estuviera en medio de una neblina.

–¿Qué es?

El adivino encontró la mirada del rey, que se estremeció por la certeza de aquellos ojos.

–Llevaba una sola sandalia.

Pelias lo miró fijamente, preguntándose si había perdido la cabeza.

–¡Guardia!

Entró un guerrero con el torso desnudo y vestido con un faldón de lino.

–¿Mi señor?

–Este hombre puede irse. Ofrécele algo de comida antes.